

Del otro lado del intercambio: la historia que comienza antes de viajar



César Augusto Castro Sánchez

NEO IN

scopein@ammef.mx

Sabemos que existen momentos que marcan el inicio de historias. Para muchos estudiantes que buscan realizar un intercambio, esta historia comienza al recibir su carta de aceptación o enviar su carta de confirmación. Durante mucho tiempo pensé lo mismo; sin embargo, cuando escribes desde una experiencia internacional auténtica y conoces todo el trasfondo, entiendes que esa historia inicia mucho antes.

El primer acercamiento a este mundo ocurre muchas veces desde un puesto local o siendo apoyo de la propia mesa directiva. Es ahí donde aparecen los verdaderos retos: activar un programa cuando no existe precedente, consolidar acuerdos entre la universidad y el hospital, gestionar procesos y convencer a las personas de apostar por un proyecto cuyos resultados quizá disfrutarán otros estudiantes antes que nosotros.

Para muchos, el mayor desafío es coordinar todos los aspectos necesarios para cumplir con los estándares de calidad que representan los programas de nuestra asociación y federación. Para otros, lo son las interminables reuniones con las direcciones de la facultad, el seguimiento al hospital o institución interesada y la gestión administrativa; para algunos más, la mayor prueba es la constancia y la paciencia. Como persona que ha esperado, acompañado y observado este proceso, sé

que cuando finalmente llega su culminación resulta imposible contener la emoción: recibir a tus primeros incomings, enseñarles tu ciudad —que temporalmente también será la suya— y acompañarlos en todo lo posible.

Es una etapa que, sin duda, nos enseña que los intercambios no nacen de la noche a la mañana. Sabemos que detrás de cada plaza disponible existe una historia, horas de trabajo voluntario, planeación y personas convencidas de que abrir una oportunidad para alguien más también transforma a quienes la hacemos posible.

Una experiencia inolvidable rara vez depende solo de una institución o de las actividades que se organizan. En muchas ocasiones, son los pequeños gestos los que dejan una huella más profunda y duradera: recibir a un incoming en el aeropuerto bajo una lluvia intensa, compartir una comida típica o simplemente hacerle saber que no estará solo durante su estancia.

Las experiencias que construimos al convivir con uno o más incomings y compartir momentos con ellos cambian nuestra forma de entender el liderazgo. Servir también significa hacer posible que otros puedan concentrarse en aprender, crecer y disfrutar una experiencia que recuerden toda su vida. Nada te prepara completamente para lo que significa convertirte en intercambista internacional.

Hablando del otro lado de los intercambios, por primera vez soy yo quien llega a un hospital diferente, quien intenta comprender la dinámica de otro sistema de salud y quien debe adaptarse a una cultura distinta. Lo que durante tanto tiempo observé desde la organización hoy lo experimento desde una perspectiva completamente diferente.

Uno de los aspectos que más enriquecen estas experiencias es el aprendizaje clínico. He tenido la oportunidad de observar pacientes con enfermedades que hasta hace poco solo conocía a través de clases, libros o casos simulados durante la facultad. Encontrarme frente a situaciones reales ha cambiado mi manera de aprender medicina. Cada paciente representa una historia única, como siempre repetimos; pero comprender un contexto tan diferente al que estaba acostumbrado, su evolución y su tratamiento permite que el conocimiento deje de ser teórico para convertirse en una experiencia profundamente humana.

Este tipo de rotaciones también me ha enfrentado a otro reto que suele pasar desapercibido: comunicarse en un idioma distinto del propio o con el que normalmente uno se siente cómodo. En un entorno multicultural resulta indispensable participar, preguntar y compartir ideas. El miedo a equivocarse puede convertirse en un obstáculo, especialmente cuando se trata de la gramática; sin embargo, en la práctica nadie espera perfección. Lo que esperan es disposición para colaborar y construir una comunicación genuina. Como futuros médicos, también debemos desarrollar capacidades como la

adaptación, la escucha y la comunicación con personas provenientes de distintos contextos culturales.

Siendo NEO de AMMEF, existe una responsabilidad que me permite observar los intercambios desde otra dimensión. Ya no pienso únicamente en mi propia rotación, sino en cada estudiante que desea realizar una movilidad y mueve todo lo que está a su alcance para lograrlo.

Siempre he dicho que un intercambio representa mucho más que una estancia académica en otro lugar. Es un espacio para la cooperación, el liderazgo, la formación y el intercambio cultural. Mirando atrás, descubro que cada etapa de este recorrido fue necesaria para comprender la siguiente. Primero aprendes a construir oportunidades; después, acompañas a quienes las aprovechan; más tarde, asumes la responsabilidad de fortalecer esos programas para otros estudiantes o tienes la oportunidad de vivir en primera persona aquello que durante tanto tiempo ayudaste a hacer posible.

Quizá esa sea la enseñanza más valiosa que AMMEF e IFMSA me han dejado. No solo fortalecen nuestra formación médica; forman profesionales capaces de adaptarse, colaborar y aprender en cualquier parte del mundo. Nos enseñan que el conocimiento no conoce fronteras y que crecer también implica salir de nuestra zona de confort, aceptar la incomodidad y contribuir a que esa cadena de oportunidades continúe.

Actualmente sabemos que la medicina no se limita a los libros, así como la palabra

“intercambio” no significa únicamente viajar a otro país. Debemos cuestionar lo que creemos saber y descubrir las múltiples formas que existen de entender el mundo.

Hoy sé que nunca hubo un solo lado del intercambio. Existe el lado de quien construye oportunidades por primera vez, el de quien acompaña, el de quien coordina y el de quienes finalmente se atreven a vivir la experiencia. Haber transitado por cada uno de ellos me ha permitido comprender que el verdadero valor de los intercambios no radica únicamente en cruzar fronteras o sellar un pasaporte, sino en construir puentes entre personas, culturas y distintas maneras de ejercer la medicina.

Ese es, para mí, el verdadero significado de estar del otro lado del intercambio.

